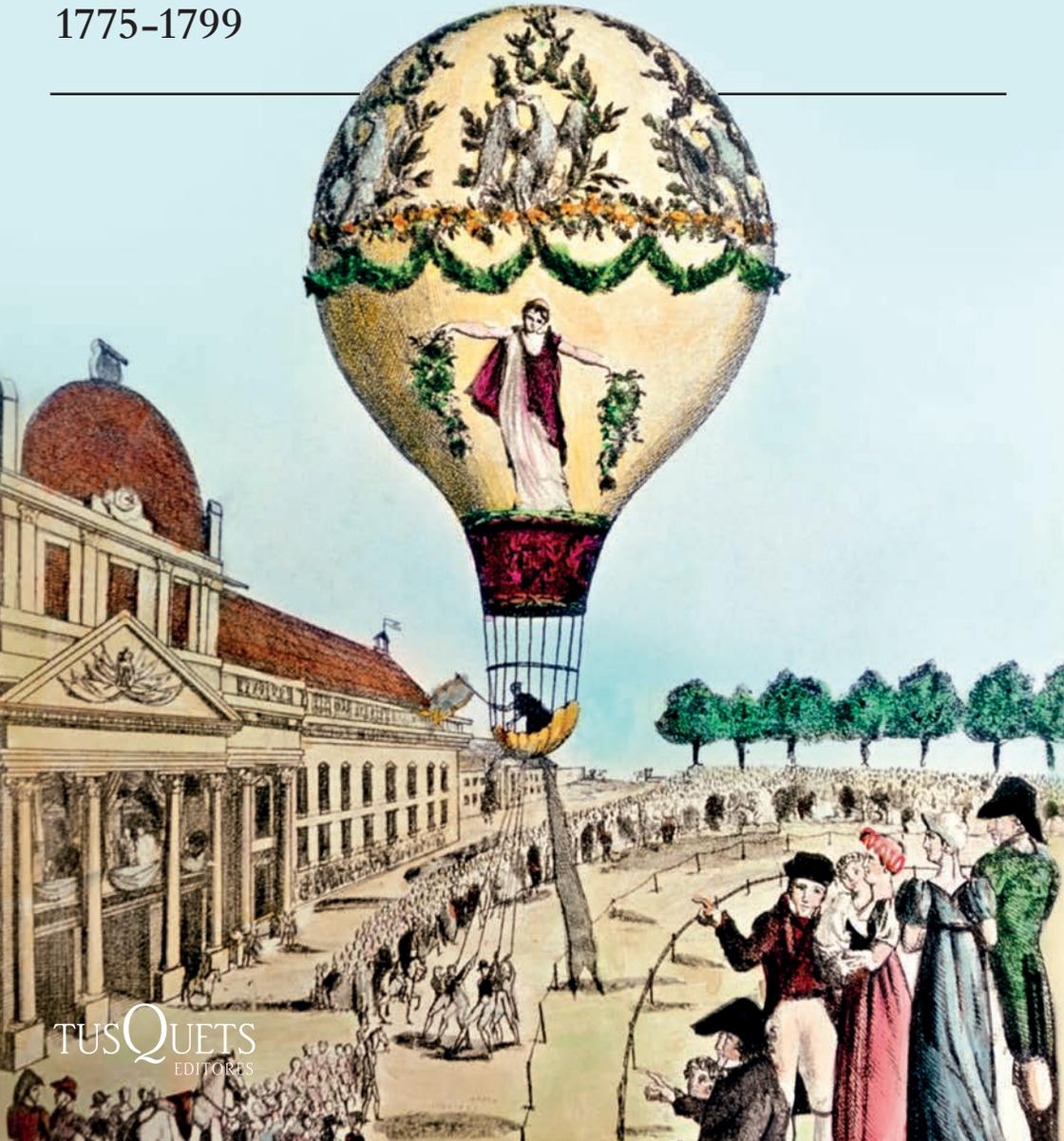


Helge Hesse

EL COMIENZO DE UN MUNDO NUEVO

Vidas en tiempos de cambio
1775-1799



HELGE HESSE
EL COMIENZO DE UN MUNDO NUEVO
Vidas en tiempos de cambio
1775-1799

Traducción del alemán de Isabel Hernández

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Die Welt neu beginnen. Leben in Zeiten des Aufbruchs 1775 bis 1799*

1.ª edición: octubre de 2023

© 2021, 2022 Philipp Reclam jun. Verlag GmbH, Siemensstraße 32, 71254 Ditzingen
Publicado por acuerdo con Michael Gaeb Literary Agency, Berlín

© de la traducción: Isabel Hernández González, 2023
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-343-1
Depósito legal: B. 14.382-2023
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Rotapapel
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Preludio	11
Algunos personajes de la acción	15
1775. ¡Fuera las ataduras!	17
1776. Nuevas perspectivas para nuevos derroteros.	45
1777. Esfuerzos	73
1778. Poner nombres, sentar precedentes	97
1779. Hierro, playa y astros	111
1780. Teatro y ópera.	125
1781. Kant destruye y construye	137
1782. Tempestades y empujes	151
1783. Al aire.	161
1784. Ceniza y nieve	179
1785. Entre medias	197
1786. ¡Más alto! ¡Más ancho! ¡Más profundo!.	209
1787. De viaje	223
1788. Despedida, comienzo, regreso	243
1789. Motín y revolución	257
1790. Después del terremoto	281
1791. Constituciones y recusaciones	297
1792. Caminos al abismo	319
1793. Procesos	345
1794. Terror	369

1795. Limpiar, ordenar.	391
1796. Medicina moderna.	405
1797. La magia de la velocidad	417
1798. Reflexión y anticipación.	433
1799. Los círculos se cierran	447
Apéndices	
Lo que fue de ellos	469
Bibliografía	477

¡Fuera las ataduras! 1775

El día de Año Nuevo cayó en domingo. En la colonia británica de Virginia George Washington, un latifundista de cuarenta y dos años de edad, anotó en su diario: «Todo el día en casa. El doctor Craik se marchó después del desayuno».

En una ocasión Washington le había escrito a un amigo acerca de sus esperanzas de «encontrar más dicha en la soledad de la que habría podido experimentar en el vasto y diligente mundo». En las verdes orillas del Potomac administraba los campos y los bosques de su extensa propiedad de Mount Vernon, construía la casa principal y día tras día recibía generosamente a sus huéspedes. En aquel momento llevaba casi dieciséis años casado con Martha y, gracias al matrimonio con aquella acomodada viuda, se contaba entre los hombres más ricos del país.

Pero sobre aquella apacible vida se cernían las sombras. Un conflicto latente desde hacía mucho amenazaba con ir en aumento. Desde la Guerra de los Siete Años, finalizada hacía doce, y en la que Washington, en calidad de mayor de la milicia de Virginia, había luchado contra Francia al lado de la patria británica, el rey y el Parlamento del lejano Londres no paraban de exigir más aranceles e impuestos a los ciudadanos de las colonias. Pero estos solo estaban dispuestos a pagar si se les permitía opinar sobre la organización de su comunidad: «*No taxation without representation!*», ¡No hay tributación sin representación!

le gritaban a la madre patria. Y entretanto las tensiones aumentaban prácticamente a diario.

Washington llevaba ya tiempo pensando qué habría que hacer si se llegaba a una lucha armada contra la metrópoli británica. Unas semanas atrás había encargado mosquetes y varios libritos con instrucciones. El resto del día de Año Nuevo lo pasó calculando las pérdidas y las ganancias que había obtenido jugando a las cartas a lo largo del año que acababa de terminar.

En Versalles María Antonieta hacía la vista gorda al dinero que perdía jugando a las cartas. Era mucho. Con él otros habrían podido comprarse palacios. Su esposo, el rey Luis XVI, saldaba generosamente las deudas.

Decimoquinta de los dieciséis hijos de la emperatriz austriaca María Teresa, Maria Antonnia Josepha Johanna, a la que todos llamaban simplemente Antonieta, había crecido entre demasiados mimos y atenciones. Con su encanto conseguía a menudo, ya de niña, librarse de cualquier obligación, y también del estudio. Su madre descubrió en ella rasgos adorables, pero también carencias en su personalidad. «Es demasiado joven. Nunca ha sido aplicada y nunca lo será», opinaba, lo cual no impidió a María Teresa hacer de su hija de catorce años una pieza más de su diplomacia matrimonial. La emperatriz quería poner fin a los siglos de enemistad entre Austria y Francia, y para ello María Antonieta tenía que casarse con el heredero del trono francés para asegurar de ese modo la nueva alianza con Francia. Eso debía poner coto sobre todo a Federico II en Prusia.

Con un «sed buena con los franceses para que digan que les he mandado a un ángel», María Teresa envió a su hija al extranjero a manos de un prometido que era igual de inmaduro e ingenuo que ella. Luis, con quince años recién cumplidos, tímido, inseguro e introvertido, temblaba al ponerle el anillo en el dedo

a María Antonieta el día de la boda, el 16 de mayo de 1770, en la capilla del palacio de Versalles. Por la noche la corte acompañó a la joven pareja a su dormitorio. Un alto cargo eclesiástico bendijo el lecho nupcial. El rey y los cortesanos se retiraron deseándoles lo mejor para esa noche. Los jóvenes se tumbaron uno al lado del otro. Y no pasó nada.

Pues bien, el día de Año Nuevo de 1775 María Antonieta y Luis no llevaban más que unos pocos meses ejerciendo como rey y reina al frente de Francia. Ella tenía diecinueve, él veinte años. María Antonieta quería hacer algo para quitarse el peso que llevaba sobre los hombros. La vida de la corte, concebida según reglas muy estrictas, las miradas a cada paso que daba, los juicios sobre cada una de sus palabras le robaban el aire. Pero una cosa tras otra: para empezar, ese día de Año Nuevo consiguió convencer a Luis para que de ahí en adelante pagara una generosa pensión al hermano de su amiga favorita.

Cinco años antes, en Estrasburgo, el cortejo nupcial de María Antonieta, que tanta expectación despertó, había llegado a su punto culminante, y Johann Wolfgang Goethe, por entonces un estudiante de veinte años, vio pasar entre el gentío a la jovencísima princesa en un carruaje de cristal. En una isla del Rin, lejos del pueblo llano, la muchacha fue entregada al enviado francés en una extraña ceremonia. A la vista de las damas de la corte de ambos países, tuvo que desvestirse en una tienda de campaña y, desnuda, dejar atrás toda su vida hasta entonces tan protegida, incluso su anillo favorito.

Goethe había podido visitar con anterioridad la tienda de la entrega. La habían revestido de tapices en los que se veían motivos de los esponsales de sangriento final entre Jasón y Medea. Horrorizado, Goethe habló ya en aquel momento de un mal presagio.

Por entonces, en los días posteriores al Año Nuevo, Goethe,

que tenía veinticinco años, se había dejado convencer espontáneamente por un amigo para asistir a una velada de piano. Sabía que todos los ojos se posarían en él, porque hacía ya unos meses que era famoso.

La primavera anterior se había estrenado como dramaturgo con su obra *Götz de Berlichingen*, pero desde el otoño su fama se había ido acrecentando hasta niveles casi inmensurables gracias a la novela *Las penas del joven Werther*. A lo largo y ancho del país la trágica historia de Werther había atrapado a lectores de ambos sexos. Se leía en solitario o en grupo, se lloraba solo o acompañado por el protagonista tan desgraciadamente enamorado que hablaba en sus cartas de las penas de su corazón y que al final acabó pegándose un tiro. Algunos imitaron al pobre Werther, no solo en Alemania. Traducida muy pronto a todas las lenguas imaginables, la obra se convirtió en el primer *best seller* europeo procedente de Alemania.

Una noche de los primeros días del año, Goethe, aquel famoso joven, se plantó ante la puerta: delgado, bien parecido, de cejas morenas y ojos castaños..., y de una genialidad desbordante. En cada sitio en el que entraba provocaba furor de inmediato. Sobre todo se ganaba fácilmente las simpatías de niños y mujeres, de estas últimas para gran fastidio de otros hombres.

A escasos metros de allí había tenido que alumbrarse el camino por las frías callejuelas desde la casa paterna en el Hirschgraben hasta el mercado de la cebada. Pero allí volvía a adentrarse en el mundo del que precisamente venía. La fachada de la casa de la familia del banquero Schönemann, con sus protectoras rejas curvadas de hierro forjado en la planta baja, se parecía a la del domicilio de Goethe. Una barandilla rococó casi idéntica adornaba la escalera del vestíbulo de entrada. Los tapices encerados de los Schönemann y los de Goethe eran del mismo pintor.

En el centro de la sala de reuniones, la hija del propietario de la casa, de dieciséis años de edad, se ahuecó la falda y se sentó al piano. Se llamaba Elisabeth, pero ella se llamaba a sí

misma Liesel, y para Goethe pronto se convertiría en Lili. Había leído el *Werther*. Sabía quién era el joven que se había acercado a ella hasta colocarse al otro extremo del piano y la miraba fijamente. Sus dedos danzaban ligeros y seguros sobre las teclas. Tras la última nota y el merecido aplauso, él se dirigió a ella. Ella lo observó, lo miró directamente a los ojos, ni tímida ni avergonzada. Ella escuchaba, respondía con naturalidad y, a su vez, le hacía preguntas. Goethe percibió a un alma gemela. Los dos supieron rápidamente que querían volver a verse.

En un barco en ruta por el Atlántico Sur, Georg Forster, de diecinueve años de edad, anotó en el estrecho cobertizo que le servía de camarote: «El nuevo año ha empezado con vientos frescos y aire frío, con un día hermoso y despejado». Hacía dos años y medio que navegaba lejos de Europa por un mar ignoto conociendo costas, hombres y naturalezas extrañas.

Casi en el último momento su padre, Johann Reinhold Forster, se había incorporado como director científico al segundo viaje por los mares del Sur de James Cook, porque las exigencias de Joseph Banks, el famoso y excéntrico director científico del primero, habían llevado al almirantazgo a renunciar a sus servicios. Reinhold Forster, que tampoco era un hombre que se distinguiera por su moderación, consiguió imponerse, y para participar en aquella expedición también logró que su talentoso hijo Georg lo acompañara como observador científico y dibujante.

En su viaje, Cook quería encontrar de una vez por todas el continente de la *Terra Australis*, tan rodeado de leyendas y que desde hacía tiempo rondaba como un fantasma por las mentes de los europeos. Desde Inglaterra había pasado en dirección este el cabo de Buena Esperanza con los barcos *Resolution* y *Adventure*, y luego había estado buscando durante meses en el sur del Pacífico. Pero incluso más allá del círculo polar no divisó tierra

alguna, tan solo hielo. Se dirigieron a Australia, Nueva Zelanda y Tahití, hasta que Cook acabó por renunciar a su búsqueda y volvió a poner rumbo al cabo de Hornos. El hecho de haber descubierto en su viaje muchas de las últimas costas del globo que aún les quedaban a los europeos por conocer no era para él más que un débil consuelo.

Ahora el *Resolution* y el *Adventure* surcaban el agitado Atlántico Sur. Cerca de la isla de los Estados, Cook se detuvo y dejó que algunos hombres atracaran en una isla. Cazaron lobos marinos y cocieron la grasa de los animales abatidos. Georg Forster estaba aún impresionado por los habitantes del mundo húmedo y yermo de la Tierra del Fuego. Pocos días atrás estos habían acompañado a los barcos en toscas canoas, semidesnudos en medio del frío, con su apariencia pobre y adusta, entonando un constante y monótono «*pecheré*».* Comparado con los hombres encantadores y de corazón abierto que había conocido en Tahití, estos individuos le parecían todo lo contrario. Pero precisamente el hecho de que una cultura extraña a veces lo entusiasmara y otras le repugnara hacía tiempo que le daba que pensar a Georg Forster en ese viaje. Se preguntaba cada vez más qué era el hombre, qué lo hacía especial, si en el fondo todos los hombres eran iguales y no los separaban más que las circunstancias de la vida y las realidades de la naturaleza.

Todo ese último año, Benjamin Franklin, un erudito de sesenta y nueve años famoso a ambos lados del Atlántico, había tenido que soportar en Londres la arrogancia y la ignorancia de las autoridades. Allí luchaba ahora también infatigablemente en

* *Pechéré* o *pecheràis* es el nombre que se dio originariamente a los habitantes de Tierra del Fuego, y que se tomó del calificativo con el que los chamanes denominaban una ceremonia que concluía con un intercambio general de objetos al grito de *pesbére* o *pesberé*. (N. de la T.)

su calidad de representante de las colonias americanas por mitigar la creciente discordia con la madre patria británica.

Cualquier posibilidad de un acuerdo había parecido alejarse cuando a principios del año anterior llegaron a Inglaterra las noticias de que, en el puerto, unos ciudadanos de Boston habían tirado por la borda los cargamentos de té de los barcos británicos. Además, el proceso de independencia iba avanzando. El 1 de septiembre se había celebrado en Filadelfia, la patria de Franklin, el Primer Congreso Continental con representantes de todas las colonias, mientras que por todo el país los hombres se organizaban en asambleas de distrito y formaban milicias. La soberanía británica empezaba a disminuir, y los americanos cada vez estaban más dispuestos a asegurar la libertad exigida incluso mediante el uso de la fuerza.

En Londres aumentaba la convicción de Franklin de que, a la vista de la corrupción del Gobierno británico, el hecho de que su patria continuara perteneciendo al imperio le haría «más mal que bien», tal como le comunicó el 25 de febrero desde Londres a un delegado de Pensilvania.

Ese mismo 25 de febrero fallecía en Birmingham el erudito William Small, al que algunos años atrás Benjamin Franklin le había abierto las puertas a un ilustre círculo con un escrito de recomendación. Desde hacía mucho tiempo en Birmingham y sus alrededores algunos hombres intercambiaban impresiones sobre los progresos científicos, técnicos y sociales, y Franklin había sido invitado dos veces por el grupo y les había hablado de la fuerza de la electricidad.

Todo había empezado dos años antes con la amistad entre el joven empresario Matthew Boulton y el médico rural Erasmus Darwin —el que con el tiempo sería abuelo de Charles Darwin—, y el deseo de ambos de mejorar el mundo. En carruajes con una suspensión deficiente, Darwin, cuya corpulen-

cia no le restaba en absoluto impulsividad ni energías, se abría paso infatigable de un paciente a otro por los tortuosos caminos de Inglaterra. Algunos años recorría hasta más de diez mil kilómetros, lo que para aquellos tiempos resultaba impresionante. En sus viajes reflexionaba sobre cómo mejorar la suspensión y la dirección de los carruajes, así como los caminos y canales acuáticos. Al fin y al cabo, a Darwin le interesaba casi todo; incluso la fuerza de la electricidad que Benjamin Franklin les había metido a todos en la cabeza. Su amigo Matthew Boulton, el campechano cazador de hombres, buscaba, como empresario que era, la rápida puesta en marcha y el beneficio, pero todo ello, al contrario que la mayoría de los de su gremio, con el objetivo de mejorar la sociedad y erradicar las injusticias sociales.

A las rondas de conversaciones y experimentos de Darwin y Boulton se unieron pronto otros, también el mencionado William Small, catedrático de Ciencias Naturales. Este escocés de origen había sido nombrado catedrático en Williamsburg, Virginia, y allí había impresionado tanto a uno de sus alumnos, el hijo de un rico plantador de tabaco, que se hicieron amigos y la influencia de Small sobre ese alumno pronto se reflejaría en sus actos. El nombre del alumno, del que aún se hablará: Thomas Jefferson.

Una vez que Franklin hubo introducido a Small en Gran Bretaña se convirtió rápidamente en el polo pacificador y mediador del grupo en Birmingham, y atrajo a su vez a otras personalidades excepcionales. Por ejemplo, el químico y filósofo Joseph Priestley y el ingeniero James Watt. Joseph Banks, el predecesor de Reinhold Forster como director científico de James Cook, mantuvo asimismo lazos de amistad con el grupo.

También al otro lado del Atlántico Benjamin Franklin prestaba su ayuda con otro escrito de recomendación. Elogiaba en él a

un «joven genial y respetable». Su nombre: Thomas Paine. Ya al final de la treintena, es decir, ya no tan joven y con diversos fracasos a sus espaldas, quería probar suerte en América. De estatura alta, llevaba el oscuro cabello, en el que ya se veían los primeros mechones grises, trenzado en la nuca. Su descomunal nariz daba la impresión de servir de punto de mira para su ojo insistentemente inquisidor.

Paine procedía de una familia modesta y, al igual que su padre, había trabajado haciendo velas y corsés hasta que se marchó de casa para ejercer de marinero en buques corsarios y terminar varado en un puesto de funcionario de aduanas. Su trato con los contrabandistas debió de ser más bien indulgente.

Después de que su primera esposa falleciera al dar a luz y él hubiera llevado a la quiebra el negocio de tabaco de la segunda, Paine estaba arruinado por completo. Huyó a Londres de la persecución de sus acreedores y un amigo le procuró el contacto con Benjamin Franklin. Rumbo a América con su escrito de recomendación en la maleta, Paine estuvo a punto de no sobrevivir al viaje, puesto que en aquel barco de emigrantes se declaró una epidemia de tifus. Muchos murieron a bordo. A su llegada a Filadelfia tuvieron que llevarlo a tierra en una camilla. Por suerte, el médico de Franklin se apresuró a ayudarlo.

A comienzos de año, ya un poco recuperado, Paine caminaba por las calles, admiraba las casas de tres pisos hechas de ladrillo rojo, con sus frontones y sus ventanas enmarcadas en blanco, y acudía a la biblioteca fundada por Franklin. Thomas Aitken, propietario de la librería junto a la que vivía, le ofreció a Paine la posibilidad de colaborar en *The Pennsylvania Magazine*, la nueva revista que acababa de fundar y que debía informar a los americanos desde la perspectiva de los americanos sobre política, sociedad, ciencia y filosofía. Paine accedió y se puso manos a la obra.

A mediados de febrero Goethe hizo algo curioso. En una carta confió sus sentimientos a una admiradora cuya identidad no conocía en ese momento. La destinataria era la joven Auguste, condesa de Stolberg. Tras haber leído el *Werther* le había escrito toda eufórica. Y poco después de su encuentro con Lili, Goethe le respondía por vez primera e informaba a la desconocida de la fuerza de sus sentimientos hacia la joven. Durante los siete años siguientes él y Auguste se enviarían muchas cartas, pero no se encontrarían jamás.

Entretanto Goethe entraba y salía de casa de los Schöne-mann. El único motivo era Lili. Ella lo tranquilizaba, lo emocionaba. Él siempre leía complicidad en sus miradas y gestos. Él, que se llamaba a sí mismo oso y hurón, se esforzaba por que los Schöнемann lo aceptasen y lo quisiesen, hacía halagos y bromeaba. Pero como solo unos pocos, Goethe era capaz de verse desde fuera. A Auguste, su amiga epistolar, le hablaba de «un Goethe» «con levita con galones», «de galantería apasionadamente consistente», «iluminado por el insignificante brillo de los candelabros de la pared y las arañas de cristal» y «sujeto a la mesa de juego por unos ojos hermosos». Todo ello tan solo porque «le hacía la corte a una rubia encantadora». Ahí tenía «a ese actual Goethe insensato que hace poco ha provocado en usted algún que otro sentimiento oscuro y profundo».

Fascinados y con algo de desconfianza, los Goethe y los Schöнемann observaban el trajín de sus hijos. El padre de Goethe, un doctor en Jurisprudencia que, gracias a la herencia paterna, vivía de las rentas dedicado sobre todo a la educación y la formación de su hijo y su hija, no lograba entusiasmarse con los Schöнемann, pues veía en ellos a unos advenedizos: la familia debía su fortuna a los negocios bancarios del difunto padre de Schöнемann durante la Guerra de los Siete Años. Y luego estaba además la cuestión de la religión: los Goethe eran luteranos y los Schöнемann, reformados. Pero lo peor era que las madres no se gustaban. La madre Goethe amaba el arte y favorecía el trato con artistas; la madre Schöнемann, por el

contrario, no cejaba en el empeño de encontrar una mejora social para sus cuatro hijos y su hija; el joven Goethe, a pesar de su acomodada familia, no respondía a sus aspiraciones.

Goethe bailaba, se mostraba galante, pero seguía siendo impredecible. En medio de una frase podía tener una idea, marcharse de donde estuviera y no volver a aparecer. Pero la mayoría de las veces Lili conseguía hacerle volver. Le decía cuanto gustaba a los hombres; le resultaba muy fácil sacarles lo que quisiera. Ponía fin a las disputas pasando lentamente la mano sobre la mesa hasta que algo caía al suelo. Un día de abril, bajo el cielo de primavera, una enérgica amiga de los dos enamorados les apremió a darse ya de una vez la mano, y de repente Goethe estaba prometido: compró dos pequeños corazones de oro que podían llevarse al cuello en unas cintas.

Recién coronada reina, María Antonieta le había pedido a Luis un palacete para usarlo como retiro, el Petit Trianon, y Luis se lo regaló. Esto había ocurrido el año anterior.

El Petit Trianon estaba alejado, en el terreno del extenso parque del palacio de Versalles, oculto tras setos y bosques, a mundos de distancia de la alargada fachada del palacio principal, que imponía respeto. La construcción parecía una linda cajita cuadrada, y sus cuartos de grandes ventanas relucían generosos y alegres.

María Antonieta había dispuesto de inmediato la demolición del parque barroco de concepción estrictamente geométrica, porque quería el paisaje de un parque inglés. Estaba de moda y seguía las nuevas perspectivas de la naturaleza, desencadenadas también por el filósofo vivo más influyente en aquellos días: Jean-Jaques Rousseau. En sus escritos todo el mundo leía su llamada de «vuelta a la naturaleza», aunque él no estaba allí. En cualquier caso, de los pensamientos del filósofo apenas podía deducirse otra cosa: decía que al principio todo estaba

bien, incluso los hombres lo estaban, solo que habían evolucionado mal y por eso tenían que rendirse a las ataduras de la sociedad.

María Antonieta no había leído a Rousseau, quizá ni siquiera había leído un solo libro completo, pero para su parque echó mano de ese *je ne sais quoi*, que se respiraba en el aire. Así que ahora debía surgir una naturaleza creada por la mano del hombre y parecer como si hubiera crecido sin presión, del todo sola, pero esto con senderos curvos a lo largo de los meandros de pequeños arroyos y amplias superficies de césped, bordeadas por bosquecillos cuidadosamente distribuidos. Llegó la primavera, y en esa estación puede preverse mejor qué tonalidades adoptará el verde en el transcurso del año... y qué puentes trazará al margen de los caminos de la vida.

Europa estaba abierta como una amplia plaza multicolor en la que unos y otros se veían y se recogían las ideas de los demás. Los paisajes de los jardines de Inglaterra surgían también en Alemania, Austria, Polonia y Rusia. En la moda lo práctico ganaba en aceptación, el amor del rococó por el ornato perdía terreno, mientras la ropa de mujeres y hombres se influía mutuamente sobre todo en lo tocante a lo práctico. En las cortes de la nobleza, no obstante, la moda al principio resultaba extravagante al tiempo que más reglamentada que la de la alta burguesía. Muchos hijos e hijas de los mejores círculos de la burguesía europea y americana dejaron de llevar pelucas. ¿Una peluca? ¿Un sombrero? A Rousseau le parecía una tontería. El pelo se llevaba en una trenza. Sin embargo, al igual que Paine y que el joven Goethe, el propio Rousseau tenía que diferenciarse de todos, así que se puso un gorro armenio.

Pero los fabricantes de pelucas tenían aún suficiente clientela. En Londres, en Maiden Lane de Covent Garden, el fabricante de pelucas William Turner y su esposa Mary habían teni-

do un hijo el 23 de abril, al que llamaron Joseph Mallord William. Sus primeras experiencias semiconscientes de la vida las tendría en ese distrito, donde su padre regentaba con éxito un negocio exquisito y un amplio taller para fabricar sus pelucas.

En Covent Garden vivían los hijos y las hijas de la nobleza. A los que regresaban de su viaje de formación por Europa los llamaban despectivamente *macaronis*, puesto que casi siempre iban a Italia. Una caricatura se burlaba de Joseph Banks como *botanic macaroni*.

Sobre todo Roma seguía considerándose, o volvía a considerarse, la ciudad de las ciudades. Los hijos de la nobleza viajaban allí en su *Grand Tour* y se dejaban hechizar también por el recuerdo de la ciudad en la Antigüedad. La voluntad de poder político de aquellos habitantes republicanos, conscientes de sí mismos, y su claridad de pensamiento y de estilo prometían una contrapartida a la vida frívola y alejada del mundo de las cortes absolutistas de aquellos días.

En los alrededores de Covent Garden se popularizaba en aquellos momentos el *glee*, una composición popular a tres voces, y no habría de pasar mucho tiempo hasta que los primeros dandis comenzaran a pasear orgullosos por sus calles. El pequeño Joseph William Mallord Turner pronto llamó la atención sobre su persona, nada más empezar a andar: demostró un talento excepcional para el dibujo y la pintura.

El 19 de abril, cuatro días antes de que el joven Turner diese su primer grito, habían sonado disparos en Massachusetts. Los soldados británicos querían vaciar un depósito de provisiones de los colonos, pero estos se les enfrentaron con mosquetes. Al final setenta y tres británicos y cincuenta colonos yacían al borde de la carretera entre Concord y Lexington. Los británicos se retiraron a Boston, los milicianos se replegaron y empezaron a asediar la ciudad. Algunos mensajeros salieron a caballo de la

ciudad y difundieron la noticia: ¡guerra con Inglaterra! En Nueva York la gente huía al campo.

En Filadelfia, el nuevo hogar de Thomas Paine, se celebró el 10 de mayo el Segundo Congreso Continental y a partir de ese momento cumplió la función de actuar casi como un gobierno de los colonos. Los delegados eran comerciantes, abogados, médicos, propietarios de fábricas, artesanos y encargados de las plantaciones. Entre ellos Benjamin Franklin, que a finales de marzo se había subido a un barco en Inglaterra y había regresado a Filadelfia el 5 de mayo.

Por Virginia participaba George Washington, que había entrado en la ciudad entre los reconfortantes sonidos de una orquesta con el uniforme que él mismo había diseñado, y era el único delegado que lo llevaba. En los debates la mayoría de las veces guardaba silencio, tal vez porque era inteligente, o tal vez porque se avergonzaba del mal estado de sus dientes. Debido a su metro noventa de estatura los superaba a casi todos. Cuando en junio lo nombraron comandante del ejército en creación, hizo constar en acta: «No me siento a la altura de la orden con la que he sido honrado», y aceptó el nombramiento. Durante la Guerra de los Siete Años había capitaneado pequeños grupos de tropas en algunas escaramuzas en el bosque y los matorrales, pero nunca había dirigido grandes ejércitos ni grandes batallas. Eso lo tenía ahora por delante.

También en Francia se cocían algunas cosas. La cosecha del último año había sido mala; la harina escaseaba, y los precios subían. Entre los ciudadanos aumentaba la desconfianza. En París y sus alrededores el pueblo asaltaba los mercados, los molinos y las panaderías, pues se creía que los comerciantes, la nobleza e incluso el rey querían sacar beneficio de la escasez. El rey envió a veinticinco mil soldados, que dieron fin de inmediato a la denominada Guerra de las Harinas.

Poco después de la represión de las sublevaciones, María Antonieta impresionó en la coronación de su marido el 11 de junio en la catedral de Reims con una peluca especialmente atrevida. Las damas de la nobleza trataron enseguida de imitar esa construcción capilar en forma de torre denominada *le pouf* y superarse con alocadas creaciones. No se escatimaba en material, sobre todo en los polvos con los que se blanqueaban las pelucas, y ese polvo consistía en esencia en harina.

El día de la coronación en Reims muchos creían en un cambio; la joven pareja real despertó esperanzas de una nueva época. A Luis le llamaban *le Désiré* («el Deseado»). El rey y la reina fueron recibidos con entusiasmo. El sol brillaba e iluminaba las ventanas de la iglesia.

Dos importantes figuras de la posterior Revolución debieron de participar también ese día en las festividades. Georges Danton, que aún no había cumplido los dieciséis años, fue por su cuenta a Reims para vivir el acontecimiento. Maximilien de Robespierre, que entonces tenía diecisiete, fue elegido por su escuela para recitar un poema ante el rey y la reina, aunque apenas le prestaron atención, un hecho no documentado.

Tal vez aquel día en Reims María Antonieta ya conocía la carta que su madre, María Teresa, había redactado el 2 de junio. En ella la emperatriz austriaca elogiaba a su yerno por la forma en que había llevado la Guerra de las Harinas y exponía sus recelos: «En general este espíritu de rebelión empieza a filtrarse por todas partes, es la consecuencia de nuestro siglo ilustrado. A menudo me asombro, pero la depravación de las costumbres, esta indiferencia hacia todo lo que tiene que ver con nuestra sagrada religión, este desmoronamiento es la causa de todo este mal». Luego, en la misma carta, apelaba a la conciencia de su hija. La principal obligación de María Antonieta era dar a luz a un heredero al trono, pero el matrimonio aún no se había consumado. Los cortesanos cuchicheaban y los rumores llegaban desde Versalles a todo el país: la reina era insensible, despreciaba al rey, evitaba la cama común, tenía amantes. María Teresa

le advirtió: «Una princesa ha de ser admirable incluso en sus actos más pequeños y no ser una dama relajada ni en sus vestimentas ni en sus placeres. Nos exigen demasiado, así que debemos estar siempre prevenidos».

Cuando el 30 de julio Georg Forster bajó en Plymouth de la cubierta del *Resolution* con vacilantes andares de marinero, tanto él como su padre necesitaban convertir lo más rápido posible todo el conocimiento y la experiencia adquiridos en dinero. Había que conseguir encargos o incluso puestos. Además, había que alimentar a los seis niños que crecían y que habían esperado tres años en Londres al cuidado de su madre.

Pero primero desempaquetaron sus cosas: armas de los maoríes neozelandeses, máscaras de los tahitianos, plantas y montones de dibujos y notas. Se enteraron de lo de los disparos de Massachusetts. Georg se sintió horrorizado de que el landgrave de Hesse-Kassel vendiera a los hijos de su tierra como soldados a los británicos. Ávido de recuperar todo lo que se había perdido en los últimos tres años, Georg hizo que le enviaran de Alemania las obras populares más modernas, entre ellas *Götz de Berlichingen* y el *Werther*; esta última la leyó tres veces seguidas, y luego se pasó horas llorando.

En aquellos días Goethe tampoco dejaba de luchar con las lágrimas: estaba entre la espada y la pared, pues quería a Lili, pero el corsé del compromiso le oprimía demasiado. El 10 de mayo, el mismo día en que en Filadelfia los delegados empezaron a debatir acerca de cómo podrían liberarse del yugo de los británicos, había emprendido un viaje a Suiza. Quería reflexionar sobre su propia libertad, sobre las obligaciones y los límites del matrimonio, de una familia, de un hogar.

Viajaba con uno de los hermanos de su amiga epistolar Auguste von Stolberg y no dejaba de pensar en Lili. En Emmendingen, cerca de Friburgo de Brisgovia, fue a visitar a su hermana Cornelia, y ella le recomendó romper el compromiso. ¿Celos fraternales? Luego, en Zúrich, se confió a su amigo Johann Caspar Lavater, quien le aconsejó que debía ir a ver a Lili de inmediato. Pero el 22 de julio, de vuelta en Frankfurt del Meno, Goethe se dispuso a romper el compromiso. Entonces un conocido le contó que Lili había dicho que iría con Goethe incluso hasta América.

¡Hasta América! Donde nacía la libertad. Goethe tembló.

Desde su casa en Market Street Thomas Paine podía ver a diario cómo se vendían esclavos en el centro de Filadelfia y cómo se los trataba de manera despreciable. El 8 de marzo se publicó de forma anónima en *The Pennsylvania Magazine* su artículo «African Slavery in America» y causó sensación. Paine denunciaba el sufrimiento de los esclavos y destacaba su derecho a la libertad de la persona; las personas no eran mercancías, sino que habían nacido libres. Unas semanas más tarde se fundó en América la primera sociedad contra la esclavitud, y Paine formaba parte de los miembros fundadores.

En Londres los Forster tuvieron problemas con un Sandwich. Para ser más exactos, con John Montagu, el cuarto conde de Sandwich, un apasionado mecenas de James Cook, cosa que este le había agradecido dándole su nombre a algunas rocas poco agradables que encontró en su viaje, las islas Sandwich del Sur. Pero tal vez Cook pensaba darle también el nombre del conde a algún lugar más bonito.

John Montagu, conde de Sandwich, tenía el cargo de primer

lord del Almirantazgo. Aunque era un hombre muy ocupado, se entregaba a menudo a los juegos de cartas. Si hubiera ido a visitar a María Antonieta, no se habrían aburrido. Como al conde no le gustaba interrumpir el juego, hacía que le llevaran a la mesa de naipes dos rebanadas de pan blanco con carne de ternera, algo que pronto triunfaría en todas partes y en mil variedades diferentes con el nombre de sándwich.

A pesar de sus huellas geográficas y culinarias en anecdóticas notas marginales de los libros de historia, los testimonios sobre Sandwich en su función de primer lord del Almirantazgo no son nada favorables: durante su primer mandato la corrupción se extendió y la marina fue a menos. Pero de eso los Forster apenas se preocupaban, querían sacar algunas migajas, tal vez un puesto o una ayuda económica. En esos momentos lo necesitaban más que nunca, pues los ladrones les habían robado hacía poco una parte de sus enseres.

El 16 de agosto el conde acompañó a los dos Forster a ver al rey Jorge III. Tres días después siguió una recepción de la reina, y los Forster llevaron consigo a modo de regalo unos animales exóticos, entre ellos dos águilas, algunos pájaros de colores y una civeta. Pero por lo demás el esperado encargo real que el conde debía proporcionar a Reinhold Forster para escribir un libro específico sobre el viaje, de modo preocupante se hizo esperar mucho. Sin duda el padre de Georg Forster y el conde no se gustaban demasiado, aunque lo más probable es que ello no se debiera al conde, porque Reinhold Forster, con sus rudas maneras, siempre ofendía a los demás.

Iban pasando las semanas. Los Forster esperaban, y el número 16 de Percy Street era un continuo ir y venir de gentes. Entre ellos el príncipe Francisco de Anhalt-Dessau y su esposa Luisa. El príncipe Francisco había realizado ya numerosos viajes de estudios por Europa y en el primero se había encariñado con Inglaterra y sus parques naturales. En casa estaba transformando partes de su pequeño principado en un amplio parque natural. Francisco y Luisa impresionaron a los Forster con su entusiasmo

por los recuerdos de la vuelta al mundo y, como puede resultar muy útil complacer a unos príncipes, ellos les regalaron un buen número de piezas valiosas. La pareja real emprendió el viaje de vuelta a casa con arte de Tonga y Tahití, hizo una escala en Francia para ver a Rousseau y es posible que, con ocasión de ello, le permitieran echar un vistazo a las obras de los «pueblos en estado natural» que les habían regalado.

Desde Inglaterra, el 1 de mayo Georg Christoph Lichtenberg le dio las gracias por carta a su amigo, el editor Johann Christian Dieterich, por haberle enviado las «penas, alegrías y locuras del joven Werther». Pero respecto del argumento negaba con la cabeza. ¿Pegarse un tiro? «Creo», decía Lichtenberg, «que el aroma de una crepe es un motivo mucho más fuerte para permanecer en el mundo que todas las conclusiones supuestamente poderosas del joven Werther para marcharse de él.»

Lichtenberg, un científico de gran inteligencia y muy leído, era el decimoséptimo hijo de un párroco pietista, y, temiendo que no viviera mucho tras venir al mundo, lo habían bautizado a toda prisa. De salud siempre débil, ese hombrecillo cheposo que no llegaba al metro cincuenta de estatura, llevaba ya treinta y cinco años haciendo frente a las adversidades de su vida, quizá también porque absorbía el mundo con enorme avidez. Pero desde hacía algunos meses estaba en Inglaterra y disfrutaba en especial de Londres, que para él era la capital del mundo. Con gran viveza describía la ciudad en las cartas que enviaba a casa, hablaba del tráfico, «silla tras silla, carruaje tras carruaje y carro tras carro» y del «barullo [...], el zumbido y el ruido de las miles de lenguas y pies», entre las que se oían «el sonido de las torres de las iglesias, las campanas de los carteros, los órganos, los violines, las cantinelas y las panderetas».

Lichtenberg llevaba todo el año viviendo en una habitación esquinera en el distrito de Kew con vistas a las mareas cambian-

tes del Támesis y a los espléndidos jardines reales, dormía entre «sábanas reales» y comía «al menos dos veces a la semana» un «rosbif real». A propósito de real: tenía buenas relaciones con Jorge III, no solo monarca de Inglaterra, sino también príncipe elector de Hannover, territorio al que pertenecía la Universidad de Gotinga en la que Lichtenberg daba clases. Constantemente visitaba a la pareja real para charlar un rato.

Palabras ya se habían dicho las suficientes. El 9 de septiembre Goethe y Lili rompieron su compromiso, y, a partir de entonces, cuando se encontraban en el camino, en el teatro, por ejemplo, se cruzaban mudas miradas. Él sufría y trabajaba en su *Fausto* y en el drama *Egmont*.

Llevaba ya más de tres años trabajando en *Fausto*. Había seguido el proceso y naturalmente también la ejecución de Susanna Margaretha Brandt, la joven infanticida de Frankfurt. Su destino y la leyenda del alquimista Johann Heinrich Faust, que debió de vivir a principios del siglo XVI, sellado un pacto con el diablo y perdido la vida al intentar hacer oro, constituían el punto de partida y el marco de la obra. Ahora el mal de amores de Goethe fluía también en ella. Mientras que el *Werther* lo había escrito tan solo en cuatro semanas, trabajaría en el *Fausto* las siguientes cinco décadas de su vida y reflejaría en él también las transformaciones del mundo: las transformaciones de la mente de los hombres que pretendían mejorar su vida y ensanchar sus fronteras.

El 22 de septiembre, el duque Carlos Augusto de Sajonia-Weimar, que entonces tenía dieciocho años, pasó por Frankfurt del Meno e invitó a Goethe a ir a Weimar. Ese mismo mes había empezado a gobernar el pequeño ducado, que antes había regido en su nombre su madre, Ana Amalia. Goethe y Carlos Augusto se conocían desde finales del año anterior. Ahora el joven duque iba de camino a Karlsruhe, donde debía contraer

un matrimonio espantosamente apático con la princesa Luisa de Hesse-Darmstadt. Tendrían tres hijos. Y Carlos Augusto, según las estimaciones, otros treinta y ocho de otras mujeres.

En octubre la pareja ducal volvió a hacer una parada en Frankfurt del Meno en el viaje de regreso a Weimar después de sus esponsales. Carlos Augusto insistió en su invitación y le prometió a Goethe enviarle un landó, y luego se marchó, pero el carruaje se hizo esperar. El padre de Goethe se burlaba de que su hijo había creído las promesas vacías de los altos mandatarios y, sin embargo, nunca había tenido un pelo de tonto. El hijo seguía trabajando en *Egmont* y dio con estos versos: «Llena de alegría, llena de dolor, / sumida en angustias y cavilación; / anhelar y temblar en penas perennes; / gritos de delicia, tristezas de muerte: / tan solo es dichosa el alma amorosa». Miraba por la ventana y no volvió a abandonar la casa de día. Pero luego, por la noche, se deslizaba hasta el mercado de la cebada oculto en una capa y observaba a Lili tras las ventanas. La oyó cantar una canción que él había compuesto sobre el amor: «¿Por qué me atraes de esa forma tan irresistible?».

Goethe padre no quería ver sufrir más a su hijo, le dio dinero y crédito para que se marchara de viaje. Pensaban en Italia. El propio Goethe padre había viajado allí en una ocasión, a sus dos hijos les hablaba entusiasmado de ello, incluso había dispuesto que les dieran clases de italiano.

Mientras Goethe pensaba en un viaje por el cálido sur, Georg Forster trabajaba como un poseso en el frío Londres otoñal. Ordenaba sus numerosos dibujos botánicos para un libro conjunto con su padre sobre las nuevas especies de plantas de los mares del Sur recién descubiertas: *Characteres generum plantarum*, que finalmente se publicó en noviembre.

A Reinhold, el padre, que continuaba buscando sin éxito fuentes de ingresos, la noche del 13 de octubre le esperaba una

pequeña distracción. Junto con su amigo Georg Christoph Lichtenberg fue al teatro de Drury Lane, en el que debutaba David Garrick. Garrick, sin duda el actor más famoso de su tiempo, contribuyó en aquellos años a la creciente popularidad de Shakespeare, quien siglo y medio atrás había perfilado drástica y poéticamente el eterno desasosiego, el sufrimiento y la ambición del hombre. También Alemania recibía cada vez más con los brazos abiertos al dramaturgo, del que Goethe ya había dado que pensar cuatro años antes en una conversación en casa de sus padres al exclamar: «¡Naturaleza! ¡Naturaleza! ¡En nada hay más naturaleza que en los individuos de Shakespeare!».

Aquella velada teatral el anciano Forster también esperaba algo más de las conversaciones con Lichtenberg: tal vez este podría ayudarle con sus contactos. Al fin y al cabo se vería al día siguiente con Jorge III en el Real Jardín Botánico en Kew y podría hablar en su favor.

Es probable que Lichtenberg lo hiciera. El 20 de octubre, una semana después, el Almirantazgo decidió publicar dos libros sobre el viaje por los mares del Sur. Uno debía redactarlo Cook sobre sus experiencias como marino, el otro Reinhold Forster sobre sus conocimientos científicos y antropológicos. Pero Sandwich pronto criticó el estilo de Forster y su negativa a cambiar sus textos.

Poco antes del anochecer, Lichtenberg había regresado de un viaje con Reinhold Forster a Stratford-upon-Avon, Birmingham y Bath. En Birmingham había conocido a Matthew Boulton. Este, uno de entre tantos fabricantes de botones, estaba organizando su producción de un modo completamente nuevo. En lugar de enviar los botones como hasta entonces de un artesano a otro tras cada fase del trabajo, agrupaba a todos los que intervenían en el proceso de producción en un gran edificio, construido a tal efecto, en el Soho, una localidad cercana, y trabaja-

ban bajo un mismo techo. Allí, según Lichtenberg, «setecientas personas producían a diario botones, cadenas de reloj, argollas para establos, fundas de espadas, estuches, todo tipo de trabajos en plata, relojes, un sinfín de adornos imaginables». Boulton no tenía que sincronizar tanto las fases del trabajo y, además, tenía menos costes. Lo que explicaba, así se lo comentó Lichtenberg a su amigo Johann Andreas Schernhagen, «por qué los denominados productos de Birmingham se compran a mejor precio en Berlín y en Estrasburgo». Lichtenberg incluso pudo examinar en la manufactura de Boulton una «máquina de fuego o de vapor de nueva construcción»: «El señor Boulton aún hacía un secreto de ello». Pero él suponía: «Como la fuerza que ejercen los vapores encerrados apenas tiene límites conocidos, puede echar de una vez tanta agua como lo permita la resistencia de la máquina».

Ese año Boulton, con la esperanza de poder utilizar y vender la máquina para diversos usos, había creado la compañía Boulton & Watt con su constructor, James Watt, uno de los hombres de aquel grupo de genios en el que estaban él y Darwin. Mientras que a Watt siempre le asaltaba el miedo al fracaso, Boulton, eternamente optimista, le dijo aquel otoño a James Boswell, que había ido a visitarlo, unas palabras que llegarían a hacerse famosas: «Yo vendo aquí lo que todo el mundo desea: *Power! Power* en el doble sentido de la palabra: poder y fuerza».

El 30 de octubre, un lunes, Goethe salió de Frankfurt del Meno a las seis de la mañana mientras sus padres aún dormían. El padre, que conocía bien a su hijo, le había pedido que no desapareciera a escondidas y sin despedirse, pero fue precisamente así como sucedió. Cuando los padres encontraron su nota, el hijo ya iba sentado en un carruaje con destino a Italia. En el diario que había iniciado para el viaje anotó: «¡Lili, adiós,

Lili, por segunda vez!». Era una despedida para siempre. «Está decidido: tenemos que interpretar nuestros papeles por separado.»

En Heidelberg recibió un documento remitido por Von Kalb, el chambelán de Weimar, en el que explicaba todos los retrasos. Goethe cambió el destino de su viaje y se dirigió a Weimar, adonde llegó el 7 de noviembre. Llevaba un pantalón de media pierna de cuero amarillo, botas por encima de la rodilla, chaleco amarillo y un frac azul de botones dorados: el traje de Werther de moda en todas partes.

Poseer esclavos era algo evidente para George Washington, para su familia, sus amigos y vecinos desde hacía generaciones. A los once años había heredado ya diez esclavos de su padre, y administraba Mount Vernon con ciento cincuenta. En el mundo de Washington nadie se preocupaba de si los esclavos, que al igual que antes eran traídos de África a América en condiciones espantosas, tenían derechos humanos. Tan solo algunos inconformistas de las colonias del norte, a menudo miembros de alguna secta religiosa o librepensadores, pensaban de manera diferente, pero no se les prestaba atención.

En los combates de Concord y Lexington también había caído herido Prince Easterbrook, de quien la posteridad no sabe gran cosa. Formaba parte de los denominados *minutemen*, milicias de colonos cuyos miembros tenían que estar disponibles en un minuto. Prince Easterbrook tenía la piel de color negro y era un esclavo, pues en el ejército de los colonos luchaban también esclavos y negros libres.

Muchos blancos, sobre todo del sur, no querían ver armados a los negros. Por eso George Washington aprobó en noviembre un decreto por el que se prohibía el servicio en el ejército de las colonias a los negros libres. Entretanto, Washington veía en su vida cotidiana lo absurdo de la esclavitud, todos

los días. Solo que no se daba cuenta; como cuando William Lee cabalgaba a su lado en todas las batallas: de piel negra y esclavo suyo.

En diciembre, Johann Caspar Schiller, un soldado que ya se hacía mayor, recibió en Stuttgart una misión nueva y sorprendente. Antaño curandero, o sea, cirujano en el ejército, y después también barbero, a duras penas había salido con vida de la batalla de Leuthen en la Guerra de los Siete Años. Nombreado al fin mayor, a sus casi cincuenta y dos años significaba mucho para él «tener un puesto decente». Se hizo cargo de la dirección de los jardines de la corte de Carlos Eugenio, el duque de Wurtemberg. Con serias dudas Schiller había llevado a su inteligentísimo hijo Friedrich a la Escuela de Formación Militar del duque. Este llevaba ya dos años sufriendo en calidad de alumno número 447, lejos de la familia, en el palacio de Solitude, en lo alto de Stuttgart, y, como todos, tenía que redactar informes sobre sus compañeros y rendir estrictas cuentas de sí mismo. Lo hacía con el esmero de un niño amedrentado.

Aquel frío 18 de noviembre la Escuela se había trasladado a Stuttgart con el nombre de Academia Militar Ducal. La Karlschule se transformó en Hohe Karlsschule. Los alumnos tenían que bajar a la ciudad desde la cima del Solitude en una larga hilera con el duque a la cabeza, y la gente se colocaba en las calles en filas. Friedrich Schiller, que entonces tenía dieciséis años, había abandonado los desagradables estudios de Jurisprudencia y empezado los de Medicina, recién inaugurados. En sí le interesaba menos la Medicina que el estudio del ser humano. Trabajaba en unos primeros poemas.

El 5 de diciembre Schiller padre empezó a trabajar en el jardín botánico del Solitude. Sembraría y dejaría crecer miles de perales y de manzanos, y luego los repartiría por Wurtemberg. Más tarde, su hijo no se hartaría de oler manzanas podri-

das; al parecer, el dulce aroma estimulaba sus pensamientos, aunque el porqué de ello es algo sobre lo que aún se especula.

En Navidad Goethe fue cabalgando hasta la casa del forestal del pueblo de Waldeck, en las cercanías de Bürgel. Empezó un breve viaje para conocer su nuevo hogar y a las «gentes sencillas», tal como él mismo anotó. En una carta a Carlos Augusto le contaba cómo en su viaje el pasado lo había atrapado de repente. Al final había acabado cantando: «Siempre fuiste, Lili divina, / toda mi música y mi alegría, / ahora, ¡ay!, eres todo mi sufrimiento, / pero mi música también sigues siendo».

Tras la muerte de Small, el escrutador grupo de amigos de Birmingham en torno a Boulton y a Erasmus Darwin introdujeron cambios en sus reuniones. A partir del domingo 31 de diciembre se encontrarían el domingo de cada mes que estuviera más próximo a la luna llena, de modo que la noche sería mucho más clara y el camino de vuelta a casa más confortable y seguro. Es posible que ya entonces se llamaran Lunar Society, aunque el nombre no aparecería en documentos hasta el año siguiente. A sí mismos se denominaban *lunatics*, locos.

Entretanto, tras un largo viaje, había llegado a Inglaterra una carta de Thomas Jefferson, el antiguo alumno de Small. Sin saber que este había fallecido, le informaba de los combates entre las tropas británicas y americanas y le enviaba los mejores saludos junto con la esperanza de que los acontecimientos políticos no enturbiaran su amistad. Pero para la Lunar Society, la evolución de los acontecimientos en América conllevaba grandes cargas, pues las simpatías a favor de británicos y de americanos estaban divididas.

Ese día de Fin de Año, mientras la Lunar Society estaba

reunida y miraba al año nuevo con sentimientos mixtos, aunque llena de curiosidad, los colonos sufrieron graves pérdidas en la batalla de Quebec y una amarga derrota. Un día antes George Washington había firmado una nueva orden. Permitía a los negros libres servir en el ejército de los colonos.